



Ramón Pérez de Ayala (1880-1962)

La obra lírica de Ramón Pérez de Ayala no es especialmente extensa. La conforman tres volúmenes que utilizan significativamente la imagen del sendero (tan propia de Berceo y de Dante) en los títulos: *La paz del sendero* (1904), *El sendero innumerable* (1916) y *El sendero andante* (1921). No es, por lo tanto, extraño que el primero de los poemas que hemos recogido, y que abre el primero de sus poemarios, se inicie con unos versos que dialogan con la introducción de los *Milagros de Nuestra Señora* a partir de la imagen del romero. En su segundo libro, *El sendero innumerable*, hay un destacable poema titulado «Ejemplo», que parte de la leyenda de San Agustín de Hipona y el niño de la playa para, después, iniciar una reflexión dialogada entre el santo y la voz lírica, que lo ubica ante sus propias contradicciones como doctor de la Iglesia.

La paz del sendero

Con sayal de amarguras, de la vida romero,
topé, tras luenga andanza, con la paz de un sendero.
Fenecía del día el resplandor postrero.
En la cima de un álamo sollozaba un jilguero.¹⁰⁹

No hubo en lugar de tierra la paz que allí reinaba.
Parecía que Dios en el campo moraba,
y los sones del pájaro que en lo verde cantaba
morían con la esquila que a lo lejos temblaba.

La flor de madreSelva, nacida entre bardales,
vertía en el crepúsculo olores celestiales;
veíanse blancos brotes de silvestres rosales
y en el cielo las copas de los álamos reales.

109. Este inicio guarda relación con la introducción de los *Milagros de nuestra señora*, de Gonzalo de Berceo, en el que el sujeto lírico (trasunto de Berceo) se identifica con un romero que, en un prado, comienza a narrar los milagros marianos.

Y como de la esquila se iba mezclando el son
al canto del jilguero, mi pobre corazón
sintió como una lluvia buena, de la emoción.
Entonces, a mi vera, vi un hermoso garzón.

Este garzón venía conduciendo el ganado,
y este ganado era por seis vacas formado,
lucidas todas ellas, de pelo colorado,
y la repleta ubre de pezón sonrosado.

Dijo el garzón: –¡Dios guarde al señor forastero!
–Yo nací en esta tierra, morir en ella quiero,
rapaz. –Que Dios le guarde. –Perdióse en el sendero...
En la cima del álamo sollozaba el jilguero.

Sentí en la misma entraña algo que fenecía,
y queda y dulcemente otro algo que nacía.
En la paz del sendero se anegó el alma mía,
y de emoción no osó llorar. Atardecía.

(*La paz del sendero*, 1904;
extraído de *Poesías completas*, 1951, p. 17)

Un ejemplo¹¹⁰

Llega de pronto a la playa un prelado.
Viste de pontifical. es barbado.
Tras de la mitra, celeste corona.
La capa pluvial, carmesí.
Lleva en la diestra el dorado cayado.
Es Agostino, el obispo de Hipona.¹¹¹
Yo enseguida le conocí.

Sant Agostino pasa abstraído,
de su abstracción no le saca el ruido
que hacen las olas, como un gran salterio,
y que es salmo de eternidad.

110. Hace referencia a los *exemplum* medievales. En este caso, toma la forma de poema y mantiene la función moralizadora o doctrinal.

111. San Agustín de Hipona (354-430): santo, padre y doctor de la iglesia católica.

Deja el prelado escapar un quejido,
porque su mente no alcanza el misterio
de la una y trina Trinidad.

Mas, hete aquí que el prelado mohíno,
sale de sí y ha torcido el camino,
porque en la orilla descubre un chicuelo,
que un hoyo en la arena cavó
y, sin parar, viene y va de continuo
con una concha a verter al hoyuelo
el agua que del mar sacó.

Sant Agostino frunció el cano ceño.
Luego interroga: «¿Qué intentas, pequeño?».
Y el niño dice: «¿No ves, Agostino?,
el mar en el hoyo meten».
Dice el prelado: «¡Oh, rapaz; vano empeño!».
Dice el rapaz: «Es mayor desatino
que tanto quieras entender.
Grande es el mar y el hoy es mezquino.
Pero es más grande el misterio uno y trino,
y es más angosta del hombre la mente.
¡Mucho mayor! ¡Mucho menor!»
Quedose absorto el doctor Agostino.
Y viendo al niño volar de repente:
«Es –dijo– un ángel del Señor».

De la roca llamada el Pensieroso
descendí. Descendí de mi peñasco.
Descendí hasta el arenal de oro,
donde había acaecido el milagro.
Allí estaba Agostino de rodillas,
mirando al cielo y las manos en alto.
La mitra yacía en la arena,
junto de la mitra, el báculo,
tan a la vera de la mar,
que las olas los habían mojado.
A la espalda del arenal
víase un gran trecho de campo,
con vides, con higueras,

con robles y castaños,
con un río cencido
entre cencidos prados.
Y todo era tan bello,
tan pulquérismo y cándido;
–el pulido arenal de oro,
el mar en volutas rizado,
el cielo añil, con un pájaro negro
y un pájaro blanco,
y el obispo, de pontifical,
con capa de tisú briscado,
y al fono unos montes violeta
con las crestas color de nardo–,
todo, todo era tan hermoso,
tan de esmalte, tan puro y estático,
que me parecía estar viéndolo
fingido en un cuadro,
tras de un cristal, clara y dura linde
entre lo vivo y lo imaginario.
Pero yo traspuse la linde
y llegué adonde estaba el Santo
y le dirigí la palabra:

–Oh, tú, diserto prelado,
doctor sapiente,
ardiente africano,
¿qué haces ahí de rodillas?
–Penitencia por un pecado.
El pecado del intelecto
que es el pecado satánico
de querer comprenderlo todo
y abarcar los misterios más altos.
–Agostino, obispo de Hipona,
doctor diserto, a lo que alcanzo,
el querer comprenderlo todo
es un anhelo virtuoso y magnánimo.
–Es el pecado de Satanás.
–Y a Satanás, ¿quién lo ha creado?
–Adivinas mi torcedor.
El origen del mal, ¿en dónde hallarlo?

–El mal no existe.
Lo que dicen que es malo, no es malo
si nuestro amor allí ponemos
y en su ley de existencia penetramos,
si con ello nos confundimos,
de nuestro egoísmo ajenándonos.
Debemos comprenderlo todo
para saber que nada es malo.
–El ángel que envió el Señor
la humildad me ha aconsejado.
–La humildad es parte del todo
que en abarcar nos esforzamos,
y se exige para comprenderla,
ser humilde de vez en cuando.
–¿Solo de cuando en vez? ¿Y luego?
–Luego y siempre el acto satánico,
sed, nunca harta, de saber,
anhelo por cambiar de estado,
ansia de medro, voluntad de conquista,
goce del cuerpo bello y sano,
vehemencia por penetrar el mundo
en los recovecos y arcanos,
concupiscencia sin medida,
ardor inexhausto.
Sin eso, el hombre estaría ahora
como estaba hace cien mil años.
–Tus palabras me dejan suspenso.
Has hecho la apología del Diablo.
–Es Satanás la criatura dilecta
de Dios, según los libros sagrados.
Y entre Dios y sus hombres escogidos,
Satanás sirve de emisario,
Pues, qué, ¿hubieras tú sido
de la Iglesia el doctor más sabio
sin la bárbara concupiscencia
con que tus padres te engendraron?
¿No has corrido tras los deleites
como el can a la zaga del amo?
¿No has pretendido que en la tierra
no hubiera para ti nada sellado?

Muy cerca de tres lustros,
¿no has vivido concubinato?
Y, a pesar de tus fuerzas flacas
y tus cabellos canos,
no osas hablar a una mujer
sino ante un eclesiástico,
porque temes que te posea
de la carne el recio arrebató.
Pues eres escogido de Dios
porque Dios te hizo arrebatado.
Y el querer ser en algo como Dios,
el acercársele en algo,
el amar su proximidad,
eso es espíritu satánico.

Sant agostino mirome severo,
y hablome así, después de un rato:
–¿Quién eres? ¿Qué pretendes,
con discurso tan largo?
–Hacer, de los santos, herejes;
hacer, de los herejes, santos.
Sacar al hombre de sí mismo
para infundirlo en su adversario.
Trasegar el vino en los odres.
Cambiarles de nido a los pájaros.
Que el río corra aguas arriba
en lugar de aguas abajo.
Las cosas y los hombres
trocar en sus contrarios,
bien que tan solo fuera
este truco instantáneo,
y tal, que luego todo
recobrase su estado.
En aquel punto, hombres y cosas
eran para siempre hermanos.

Sant Agostino no replicó.
Partiose, lento y cabizbajo.

(*El sendero innumerable*, 1916;
extraído de *Poesías completas*, 1951, pp. 179-183)